

Buenas noches:

Uno tiene la mala costumbre, algunas veces, de comenzar las cosas por lo último y hoy va ser una de esas veces, por eso, me gustaría empezar este acto con una dedicatoria, la dedicatoria ya clásica de esta Hermandad: "A quienes un día, con la medalla de la Hermandad sobre su pecho, marcharon al definitivo desfile de gremios, por las eternas rúas celestiales".

Enhorabuena Mayordomo, en tus manos tienes una vara honorable y noble, portadora del tarro de las esencias, símbolo de nuestra estirpe y de nuestra memoria ancestral, que ésta les acompañe y les guíe siempre.

Lo primero que hice cuando comencé a escribir estas palabras, fue buscar en el diccionario la definición de la palabra "sudario": Palabra latina *sudarium*, significa, en su origen, un lienzo o pañuelo que se emplea para cubrir el cuerpo de un muerto; en la antigüedad dicho lienzo era considerado, como una manifestación de respeto hacia el individuo fallecido.

Cristo del Descendimiento, a tus pies estamos, aquí está tu Hermandad a contestar "presente", a decir que sí, estamos conformes con nuestros puestos, a cumplir con nuestra cita de devoción y respeto, a decirte que te queremos porque así lo sentimos.

Lo que esta noche de Miércoles Santo hacemos aquí es un acto de fe pero, sobre todo, es un acto de amor, acto de amor porque el sudario que vamos a colocar, está impregnado de los sentimientos más íntimos, personales y profundos de todos y cada uno de los hermanos y hermanas de La Escalera. ¡Sentimientos! Sentimientos de los cuales yo, ni debo ni puedo hablar; no sé cómo definirlos, no sé cómo expresarlos, no puedo pretender decir lo indecible, sobre todo cuando el sentir no es mío, sino de todos. Quizás algún profesional de las palabras pueda, pero yo no soy ése, sólo soy un hermano de La Escalera que no encuentra la forma de expresar el misterio.

Cómo definir la mirada de un niño o niña viendo sacar a su padre El Paso; cómo explicar lo que sintieron Isabel o Eduviges, confeccionando el sudario o el banderín; cómo relataros lo que siente Perero cuando oye las palabras “Semana Santa”; cómo deciros el porqué por nuestras venas corren los acordes y las notas de “La Lágrima”; de qué manera narrar lo que siente una madre cuando su hijo saca el paso; de qué forma describiros la satisfacción de raza con que Luis Gallego me decía: “En mi casa se han dado 3 refrescos de La Escalera”, crecía mientras lo contaba; dónde tendría que buscar palabras, para describir el corazón que pone el muñidor cada vez que explica a las visitas cómo se saca El Paso y sus ojos le delatan, porque vuelve a tener 20 años otra vez; cómo reflejar la felicidad de Carmelo el día en que se terminó la restauración de La Capilla, dónde busco adjetivos que me ayuden a describir el sentimiento de Manuel Guerra y ahora de su sobrino Pedro cuando con mimo depositan en nuestras manos la resina, o lo que siente Teodosio cuando en su sitio de siempre escucha misa por los hermanas y hermanos fallecidos; cómo describiros el orgullo con que Modesto me hablaba de su nieto, o la responsabilidad serena, que siente Colasete cada vez que El Paso se alza de los banquillos, o la convicción con que Mariano afirma: “Mi casa el Viernes Santo es la casa de La Escalera y eso es así y punto”. O el estar y sentir la Hermandad de Roberto, Pepe o David, para lo que sea, como sea, y donde sea. Cómo reflejar en un papel los recuerdos, emociones y añoranzas que guarden y atesoren en su memoria Pedro Herrero o Tomás Zarzuelo, números 1 y 2 de la lista.

Si no soy capaz de reflejar con acierto estos sentimientos, cómo voy a ser capaz de explicaros que veo momentos y personas que la razón me dice que no existen, pero les veo, les veo en la forma de recoger una careta, en la manera de agarrar un palo, en unos andares en el desfile de gremios, en la forma de doblar una servilleta en la cena, en una sonrisa, en la manera de ponerse el cordón o el pañuelo, en un gesto, en una postura al rezar, en una mirada; cuántas veces en un acto reflejo me he

dado la vuelta buscando algo o a alguien que no podré encontrar y una sonrisa en mi cara y un susurro en mi memoria me dicen: “Tranquilo Javi, no les ves, pero están. ¡Espero que me entendáis! porque no sé decirlo mejor. Quizás las que sepan decirlo, quizás las palabras exactas que puedan expresar este sentir, residan en el corazón de las hermanas, en su orgullosa humildad, alumbrándote en su sencilla manera de portar un farol. Quizás ellas sepan, pero yo no, yo menos que nadie. Para mí, intentar hacerlo, sería una falta imperdonable, sería como intentar enseñar al maestro.

Éste que os habla, que no es de la Hermandad ni por cuna, ni por tradición, todo lo que exprese, todo lo que os pueda contar y decir, lo aprendió de vosotros, de escucharos, de oíros, de veros, ésta es la razón por la que todas mis palabras no son mías, sino vuestras, a mí sólo me habéis dejado decirlas.

Así que, llegados a este punto querido Cristo del Descendimiento, no me queda otra, que pensar con el corazón, acudir a ese sitio personal, íntimo, secreto, a ese sitio donde sólo estamos Tú y yo, y con todo el pudor que ésto me produce, intentar transmitir algunas breves reflexiones que puedan ser comunes a todos mis hermanos y hermanas.

Hace ya algunos años, tuve la alegría y el honor de ponerme la medalla y la túnica de esta Hermandad por primera vez. La medalla la recogí en casa de Anastasio, tesorero de entonces, me la entregó Asunción de forma sencilla, pero ilusionada, tanto por su parte como por la mía; ilusión que por mi parte es obvia, pero que por la suya sólo podía proceder de ser una buena mujer.

Medalla. Insignia de esta Hermandad, que conmigo, se ha movido y ha oscilado bajo el peso del tablero como el péndulo de un reloj, como queriéndome decir que acariciando sus palos pasarían los años, que aunque me parezca mentira el año pasado saqué El Paso por última vez, recordándome que todo pasa ¿o no? Pues no.

Todos tenemos un vínculo de ley con el pasado que enlaza con el presente y nos proyecta al futuro, vínculo al que el paso del tiempo no afecta, porque discurre a través de él, forma parte de las raíces de la gente y ahí reside su grandeza y su inmortalidad, porque agrupa sentimientos universales, sentimientos que arrastran nostalgias del ayer y del mañana, que a veces nos hacen sentir un nudo en la garganta. Nosotros sólo somos efímeros y humildes depositarios de esta eterna lección de cariño, mil veces enseñada y mil veces aprendida.

La túnica la estrené unos días después, bueno, o eso creía yo, pues Tú, Cristo de La Escalera bien sabías lo que se estrenaba, ¿túnica? No. Ahora sé que hace algunos años, lo que estrené fue mi mortaja, mi sudario, y cuando el anticuado latido del coraje se apague, con ella me presentaré ante Ti, como lo hicieron antes que yo, muchos de los hermanos de La Escalera; cuando tu perdón implore y a tu bondad me encomiende, cuando me arrepienta de muchas de las cosas que hice y de otras tantas que no hice, entenderás, que haya algo en que, modestamente, me reafirme y con la cabeza bien alta te diré que soy de La Escalera, que cien vidas quisieras regalarme, cien veces sería de esta Hermandad.

Retomaremos conversaciones antiguas e inacabadas que mantuvimos algún Viernes Santo a la luz de una vela; reviviremos viejas salidas junto a viejos hermanos, y, aunque tú ya lo sepas, a mí me gustará recordarte, que en las tarde de Viernes Santo, a la hora en que el corazón se encoje, a la hora en que el dolor se derrama, a la hora en que no hay arenga, discurso, razón, ni lamento que pueda acercarse a la soledad de tu calvario.

20 Hermanos de La Escalera rezarán de rodillas, con el alma dulcemente dura, amablemente fuerte y humildemente valientes, invocarán al cielo su plegaria, solicitando tu ayuda, y, en el preciso instante en que sólo se tiene miedo a desfallecer, en el preciso instante en que lo único que cuenta es el hermano que tienes al lado, en

el preciso instante en que las voces, apenas son un susurro, se habrá producido tu salida, habrán realizado su sencilla hazaña, con fe, con amor, con emoción, con lágrimas que arrancan de la necesidad de sentirse perdonados y protegidos por ti Cristo del Descendimiento, y te elevarán a pulso y contigo elevan a todos los crucificados del mundo, contigo elevan a todos los desamparados del mundo, porque contigo elevarán la resurrección, la vida y la esperanza. Por eso hoy está aquí tu Hermandad, en tu capilla, en esta capilla pequeña, sencilla, austera, humilde ¿o no? Pues no, otra vez no. Aconsejo a quien aquí entre y nos quiera conocer, que no trate de ver, se trata de sentir, pero que tenga muchísimo cuidado al hacerlo, porque si logra percibir parte de las sensaciones y emociones que aquí celosamente se guardan, quizás no salga nunca.

Escribió Romano Guardini que la gratitud es el perfume de la memoria. Por eso antes de acabar quisiera expresar mi gratitud a todos los Hermanos presentes y ausentes que en su día, con generosidad, me dejaron ser de La Escalera. Pero, sobre todo, me dieron la oportunidad de conocerles y conocerlos. En este momento especialmente a Jesús Vicente (él sabrá por qué pensó que yo podría hacer esto, para mí un honor). A todos animarnos a que sigamos manteniendo con humildad nuestros principios, nuestras raíces, nuestra manera de ser, de sentir, y de expresar nuestra singularidad como Hermandad, manteniéndonos firmes en lo que creemos, sabemos, e intuimos, en la certeza que dentro de muchos, muchos años, cuando todos seamos olvido, y nuestras vidas no sean más que un vago recuerdo en los libros de Hermandad, un Viernes Santo se oirá la voz de un hermano de La Escalera: “De rodillas vamos a decir una oración por todos nuestros hermanos difuntos”. Ese día estarán rezando por ellos y por nosotros, para estar contigo Cristo, para estar contigo, y si Tú quieres, para estar conmigo.

Que Dios proteja vuestra vida y bendiga a esta Hermandad en la grandeza de su Gloria. GRACIAS.